

Ἰησοῦς Χριστός

La cristología del NT pasa de ser una experiencia vital para convertirse en un fenómeno lingüístico, y al final, en texto escrito, gracias a su relación fecunda con la tradición bíblica, dentro de la cual se pueden distinguir las corrientes históricas y culturales que se prolongan en forma dinámica en los grupos, movimientos y orientaciones religiosas del judaísmo antiguo.

En relación con estas tradiciones bíblica y judías se pueden señalar varios esquemas según los cuales se modeló la e cristológica, atestiguada por los documentos del Nuevo Testamento.

a) *El modelo profético*. Primero y más antiguo que está en la raíz de los demás modelos y títulos, puede remontarse a la gran tradición bíblica.

Es bien sabido el papel que la figura del profeta ocupa en la tradición bíblica y en el judaísmo antiguo. El testimonio evangélico recoge la opinión de la gente sobre Jesús.

Frente a sus gestos poderosos y su palabra con autoridad, la gente tiende a identificarlo con Juan el Bautista, o bien con Elías o algún otro profeta (Mc 6, 14-15; 8, 27-28; Jn 4, 19).

En la Tradición del **cuarto evangelio** se recoge la reacción de los que participaron en el gesto prodigioso de Jesús, el pan distribuido en abundancia cerca de Tiberíades: “la gente, al ver el milagro que había hecho Jesús, decía: ‘*este sí es el profeta que tenía que venir al mundo*’” (Jn 6, 14)

Jesús mismo se presenta apelando al modelo de profeta. En la Tradición **sinóptica** el encuentro de Jesús con sus paisanos de Nazaret, ante el rechazo y la crítica de su autoridad, se refiere al modelo de profeta: “Sólo en su propia tierra es rechazado un profeta” (Mc 6, 4; Cf, Jn 4, 44)

De nuevo en el camino hacia Jerusalén, cuando ha ya estallado el conflicto con las autoridades y las instituciones judías, Jesús se refiere a este modelo profético (Lc 13, 31-33.34; Mt 23, 27)

El modelo profético es fecundo en sus aplicaciones dentro del ambiente judío; a veces asume connotaciones **mesiánicas** y **escatológicas** como en Dt 18, 15-18 donde se presenta a Moisés como modelo y fuente de la institución profética.

Dentro de este marco profético se desarrolla la interpretación de la figura y actividad de Jesús; Él se sitúa en la historia de los enviados de Dios como el que lleva a cumplimiento la historia de la Alianza (Mc 12, 1-12; Hb 1,1). De este modelo profético parte y se desarrolla la cristología del cuarto evangelio que insiste en la “MISIÓN” de Jesús y en su pre-existencia.

Con este modelo puede también relacionarse la imagen del “**siervo**”, representante ideal de la comunidad y encargado de una misión excepcional que va más allá de los confines de Israel (Is 42-53). A la figura de “siervo” se refiere el primer evangelio para describir la actividad curativa de Jesús, solidario con las miserias del pueblo, y el estilo de misión humilde y no violenta (Mt 8, 17; 12, 17-21). Pero es el camino de Jesús hacia la tragedia final el que es releído a través del siervo fiel a Dios y solidario de la comunidad de los pecador (Mc 10, 45); con su gesto de compartir totalmente la suerte de los demás se convierte en el fundador de la nueva y definitiva alianza a favor de la multitud (Mc 14, 24).

- b) *El modelo apocalíptico*: es innegable la presencia y la importancia de este modelo en la tradición evangélica recogida por los tres sinópticos. Son conocidos los **logia**¹ de Jesús, en los que se refiere a la figura del Hijo del Hombre.

En el discurso del final, recogido por los tres **sinópticos**, en una escenografía inspirada en el modelo apocalíptico, se coloca la venida del Hijo del hombre: “*entonces se verá venir al Hijo del hombre entre las nubes con gran poder y majestad*” (Mc 13, 26).

Pero también el símbolo “*Reino de Dios*” o “*Reino de los cielos*” en el que Jesús condensa su proclamación pública, apela al modelo de la Tradición Apocalíptica; igualmente la muerte de Jesús, su resurrección y ascensión a los cielos se insertan en un marco de carácter apocalíptico: el terremoto, la aparición de figuras angélicas, la nube (Cf. Mt 27, 51-52; 28, 2-4; Act 1, 9-11).

Pablo en sus cartas recurre al modelo apocalíptico para presentar el papel salvífico de Jesús resucitado. Así lo vemos en la amplia catequesis sobre la resurrección con que se cierra 1ª Corintios (1ª Cor 15, 20-28. 51-52); igualmente Pablo exhorta a los cristianos de Tesalónica a encontrar aliento y esperanza en el kerigma pascual, que da fundamento a su esperanza en la venida del Señor, y describe esta venida refiriéndose al cuadro apocalíptico: 1ª Tes 4, 13-17.

En esta perspectiva apocalíptica hay que colocar la interpretación **lucana** del cumplimiento de la Escritura en la vida de Jesús, el Mesías doliente y humillado,

¹ Es el término técnico que se utiliza para los dichos de Jesús, que pueden ser desde muy breves hasta parábolas.

pero glorificado por Dios. Según este modelo, el plan celestial es revelado al vidente y se realiza en la tierra según una necesidad que expresa el pleno señorío de Dios sobre la historia (Cf. Dn 2, 28; Mt 24, 6). En este contexto hay que releer las instrucciones de Jesús resucitado a los discípulos cuando habla de la profecía bíblica: “¿no era necesario (ἔδει) que el Cristo sufriera todo eso para entrar en su gloria?” (Lc 24, 26.44-46); este modelo es releído e integrado en el esquema histórico salvífico, que se desarrolla según la dialéctica de la promesa/cumplimiento.

También la tradición **sinóptica** común, que refiere las palabras de Jesús sobre el destino de humillación y sufrimiento del Hijo del Hombre, entra en este marco apocalíptico y profético (Mc 8, 31; Mt 26, 56).

Este modelo es asumido en clave de interpretación de la historia en el libro profético del **Apocalipsis**. A través de este modelo el concepto Ἰησοῦς Χριστός asume dimensiones escatológicas y definitivas. La referencia al plan de Dios que debe realizarse permite superar el escándalo de la cruz y profesar la propia fe en Cristo.

c) *El modelo mesiánico.*

En la Tradición Cristiana es lógica y espontánea la asociación entre el nombre de Jesús y el apelativo “Cristo” o “el Cristo”. Es la traducción griega del hebreo מְשִׁיחַ y el arameo mešīkā, que significa “consagrado” o “elegido.”

Pero hay otros títulos que remiten al modelo de consagrado; en el fragmento de la profesión de fe de **Pablo** en el comienzo de la carta a los romanos, Jesús es reconocido como descendiente de David según la carne (Rm 1,2; Cf. 2ª Tm 2, 8); esto se ve confirmado por la tradición evangélica **sinóptica** donde se refieren las invocaciones de los enfermos que se dirigen a Jesús como “Hijo de David” y la multitud lo aclama con este mismo título (Mt 21,9).

En la entrada en Jerusalén según la tradición **joanea**, Jesús es acogido por los que le salen al encuentro aclamando: “el rey de Israel” (Jn 12, 13; cf 1, 49)

En el diálogo con sus discípulos cerca de Cesarea de Filippos, ellos responden por boca de Pedro: “Tú eres el Cristo” (Mc 8, 29).

Esta perspectiva se encuentra también en la pregunta del Sumo Sacerdote en el tribunal judío (Mt 26, 63). Una confirmación de esta relectura mesiánica de toda la historia de Jesús lo ofrece el título colgado de la cruz, donde se condensa el motivo de su muerte: “el rey de los judíos...” (Mc 15, 26; Jn 19, 19).

Pero la reacción de Jesús con respecto a este modelo mesiánico es más bien reservada, como se deduce de la tradición evangélica de la orden que da a sus discípulos de no decirlo a nadie (Mc 8, 39). En efecto, el apelativo mesías (en griego se traduce χριστός) no es utilizado nunca por Jesús como autodesignación. Incluso, sus respuestas a la pregunta explícita del sumo Sacerdote: “¿eres tú el mesías, el hijo del Bendito?”, es reservada y queda corregida con la referencia al hijo del hombre (Mc 14, 61-62).

Esta línea de Jesús es comprensible sobre el trasfondo de la tradición bíblica y judía, en donde el modelo mesiánico asume connotaciones ambivalentes.

Las raíces del mesianismo bíblico se han de buscar en el oráculo de Natán, que utiliza la ideología real para anunciar la perpetuidad del linaje davídico en el reino de Judá. Dentro de este esquema hay que releer la fidelidad del Dios de la Alianza en relación con el representante de la comunidad, que es el rey.

Un eco de este modelo lo encontramos en los salmos reales o de entronización, interpretados en clave mesiánica (Ps 2; 110), ampliamente citados y comentados en el NT.

El modelo mesiánico evoluciona en la tradición profética, de manera particular en la de Isaías, queda claramente re-interpretado en tiempos de la crisis del desierto. Como alternativa a la idealización de la monarquía antigua, para hacer frente a la crisis, se proponen otras figuras de mediadores siguiendo la línea profética o incluso la sacerdotal.

La referencia de la tradición cristiana al modelo mesiánico para interpretar la acción histórica y la figura de Jesús se llevó a cabo con notables adaptaciones y con integraciones inspiradas en otras figuras; es la experiencia de la Pascua, la muerte infame de Jesús, su revelación como Señor resucitado, lo que permite leer la figura mesiánica más allá de los esquemas bíblicos y judíos.

d) *El modelo Sapiencial:*

Jesucristo resucitado, en su papel de revelador y mediador definitivo, es reconocido y proclamado “Sabiduría de Dios” (1ª Cor 1, 30; 2, 6-7). Este modelo es desarrollado en la tradición paulina (Col 2,3), aunque sus raíces hay que buscarlas en la tradición evangélica, que recoge algunas sentencias de Jesús en las que se alude a este modelo: Jesús es muy superior a Salomón, prototipo de los sabios de la tradición bíblica (Mt 12, 42; Cf 11,19; Mc 6,2).

Es la tradición **joanea** la que utiliza el modelo sapiencial combinándolo con el profético, para expresar una cristología elevada en la que hay que destacar el papel excepcional de Jesús como revelador y mediador salvífico.

Este modelo se puede reconocer como trasfondo de la cristología joanea en cuanto que Jesucristo es identificado con la Palabra creadora y reveladora de Dios (Jn 1, 1-18).

Las raíces de este esquema interpretativo se hunden en la tradición **sapiencial**, y más especialmente en esos trozos poéticos o de prosa rítmica en donde se hace el elogio a la Sabiduría personificada (Cf Prov 8, 22-31; Si 24, 1-29; Sab 7, 22-8,1; Bar 3, 9-4, 4). Los desarrollos de este modelo se encuentran en la reflexión rabínica sobre la palabra de Dios, sobre su presencia (*šekinah*) y sobre la ley. El eco de este modelo se observa en algunos fragmentos cristológicos del NT, en fórmulas de fe, en trozos himnicos, atestiguados principalmente en la tradición **paulina**, que desarrolla algunos títulos cristológicos.

Se presenta a Jesús en su papel de revelador y de mediador salvífico en el mundo creado y en la historia humana a través de las figuras que remiten al modelo sapiencial:

“... *Él es imagen (εἰκὼν) del Dios invisible*” (Col 1, 15; cf 2ª Cor 4,4); **Jesucristo es el principio (ἀρχή) o la cabeza (κεφαλὴ) respecto al mundo y la iglesia** (Col 1,18; Ap 3, 14; 22,13); **es el primogénito (πρωτότοκος)** (Col 1, 15; Rm 8, 29); **finalmente, es llamado en un texto de estilo tradicional “el resplandor de la gloria y la impronta del ser de Dios”** (Hb 1, 3; cf Sab 7, 22).

El modelo sapiencial permite expresar la fe cristológica de la Iglesia dentro del marco del monoteísmo bíblico.

Títulos Cristológicos

La experiencia de fe cristológica de las primeras comunidades cristianas se condensa en unos cuantos títulos que representan otros tantos recorridos privilegiados con respecto a otras formulaciones venidas de otras tradiciones y ambientes cristianos. Algunos de estos títulos están en el interior de los modelos anteriores y son el punto de llegada de ese proceso que va desde la experiencia original de la fe cristológica hasta su elaboración lingüística en el ámbito de la comunicación interna y de la proclamación externa.

Los títulos que convergen en las distintas tradiciones neotestamentarias, y que expresan de forma más intensa la realización de la fe en Jesús son:

ὁ χριστός

Es el título cristológico más frecuente, aparece 535 veces en todo el NT en la fórmula Ἰησοῦς Χριστός, o bien χριστός Ἰησοῦς, o bien χριστός κύριος o simplemente χριστός, de ellas, 150 veces sin artículo. La mayor parte de las veces se encuentra en el **corpus paulino**: unas 400 veces.

El título χριστός forma el contenido tanto del kerigma como de la profesión de fe cristiana primitiva, según se deduce de 1ª Cor 15,3, en donde χριστός es sujeto sin artículo de las breves proposiciones en que se presenta el kerigma tradicional, que es el fundamento del credo cristiano (1ª Cor 15, 11). A pesar de ciertas reservas en los evangelios, la tradición cristiana atribuye de forma concorde este título a Jesús. Sus orígenes se deben buscar en las primeras comunidades judeo-cristianas que reconocen en Jesús el cumplimiento de las esperanzas de salvación que representaba la figura mesiánica.

Tenemos una confirmación en 1ª Cor 15, 3-5 y en Rm 1, 2-4; la tradición joanea también expresa en el título “Jesús Cristo” la profesión de fe característica de la comunidad creyente (Jn 17, 3; 11, 27). El título χριστός que se le da a Jesús en el cuarto evangelio es lo que corresponde al “Mesías” hebreo, aquel que lleva a su consumación las promesas bíblicas y la figura de Moisés y los profetas, aunque es un nivel distinto respecto a las esperanzas del mundo judío (Jn 1, 41.44.51).

De forma paradójica, es la muerte en cruz la que revela la verdadera identidad mesiánica de Jesús (Jn 12, 32.34); pero para captar esta nueva dimensión de la mesianidad de Jesús crucificado, condensada en el título χριστός, los creyentes tienen que acoger la acción de Dios, que resucita a Jesús de entre los muertos y hace que los discípulos puedan encontrarlo vivo. Esta experiencia adquiere su valor y significado salvífico sobre el fondo de la revelación bíblica (Lc 24, 26.46; Cf Act 2, 36; 3, 18; 17, 3-4).

ὁ υἱὸς τοῦ θεοῦ

Es este el título que puede asociarse inmediatamente a Jesucristo, el mesías, ya que en la tradición bíblica el descendiente davídico, el rey ideal, es aquel que participa de manera particular del estatuto de la alianza: “Yo seré para él un padre y él será para mí, un hijo” (2ª Sm 7, 14; Cf Ps 2, 7; 110, 3; 89, 27-28; Hb 13, 33). En el NT hay una preponderancia en la **tradición Paulina**, unas 20 veces en todo el epistolario,

seguido por la **tradición joanea** 10 veces en el cuarto evangelio y 15 veces en la primera carta. También la **tradición sinóptica** conoce este título referido a Jesús: pero especialmente en contextos solemnes, teofánicos, como el bautismo y la transfiguración (Mt 3, 17; 17, 5) o de la declaración abusiva de los espíritus inmundos; también los adversarios de Jesús, como el tentador en el desierto insisten en este título para provocar una manifestación mesiánica espectacular (Mt 4, 3.6; 27, 40.43). Los discípulos y similares reconocen a Jesús como “hijo de Dios” o “Hijo del Dios vivo” (Mt 14, 33; 16, 16; 15, 39).

La conexión entre el estatuto mesiánico de Jesús y el título “Hijo de Dios” está tematizada en la discusión de Jesús con los fariseos, y es referida en la tradición sinóptica sobre el origen del Mesías. La discusión insiste en la interpretación del salmo 110, 1 (Mt 22, 41-45); de la misma manera en el momento del interrogatorio a Jesús por el sumo Sacerdote (Mc 14, 61 o Lc 22, 70).

El título “Hijo de Dios” como el de “Cristo” no se encuentra en labios de Jesús en la tradición de los evangelios; pero este hecho no excluye que en la base y el origen del uso esté en la relación singular e inmediata que tiene Jesús con Dios Padre, como se deduce de algunas sentencias evangélicas en las que se presenta como el “Hijo” (Mt 11, 26), y sobre todo con el apelativo excepcional con que se dirige a Dios en la oración: *Abbá* (Mc 14, 36).

Sin embargo, sobre este título también hay que decir que fue la experiencia reveladora de la resurrección de Jesús la que hizo que se descubriera su significación cristológica. El testimonio de Pablo, que remite a los formularios de la primera comunidad cristiana, asocia el título de “Hijo de Dios” al encuentro revelación de Jesús resucitado (Gál 1, 15-16). El título “Hijo de Dios” expresa el contenido esencial del kerigma y de la profesión de fe primitiva (Hb 9, 20; 13, 33; 1ª Tes 1,10; Gál 2,20).

En la tradición del cuarto evangelio el título “Hijo de Dios”, lo mismo que el de “Cristo”, resume la profesión de fe en Jesús, condición para poder participar de la vida plena y definitiva (Jn 20, 31; 11, 27). Pero el título de “Hijo de Dios” tiene que ser releído a la luz de la nueva revelación de la gloria de Dios en el Unigénito, tal como se refleja en los signos de su actividad histórica, la cual llega a su cumplimiento en su muerte y resurrección (Jn 14, 13; 17,1).

De esta manera se vuelve a confirmar que la cristología neotestamentaria tiene en el misterio pascual su criterio de verdad y de fecundidad.

ὁ υἱὸς τοῦ ἀνθρώπου

Expresión que los evangelios ponen frecuentemente en boca de Jesús para designarse a sí mismo pero que nunca ha sido considerada como un título cristológico.

En las 82 veces que aparece en los evangelios (69 en los sinópticos y 13 en Juan), no se encuentra ningún texto en el que Jesús diga “Yo soy el Hijo de hombre”, o bien donde los discípulos le digan “Tú eres el Hijo del hombre”. Fuera de los evangelios sólo hay tres textos en los que aparece esta fórmula para hablar de Jesús:

- ✓ la declaración de Esteban ante el Sanhedrín (Act 7, 56)
- ✓ en el Apocalipsis donde se habla de uno como hijo del hombre (Ap 1,13; 14,14).

Esta singular posición del testimonio del NT plantea el problema sobre el origen y el significado cristológico de esta expresión enigmática, que en los evangelios sólo se encuentra en los labios de Jesús, excluidos los dos textos de Jn 12, 34 y de Lc 24, 7.

Los logia evangélicos en los que Jesús se presenta a sí mismo como “Hijo del hombre” se pueden distribuir en tres grupos:

- 1) sentencias en las que el hijo del hombre **desempeña un papel** y tiene una misión o poder al presente (Mc 2,10; Mt 8, 20; Mc 11, 19).
- 2) Sentencias en la que el hijo del hombre es **sujeto de un destino** de humillación y de fracaso, pero que será rehabilitado por la intervención final de Dios; en este grupo entra la serie de sentencias llamadas “anuncios” o instrucciones sobre la pasión (Mc 8, 31; 9, 31; 10, 33).
- 3) Un grupo de sentencias, más numerosas, en las que se anuncia el **papel futuro** del Hijo del hombre en un contexto de juicio escatológico y glorioso (Mt 19, 28; Mc 8, 28; Lc 9, 26; 12, 8; 21, 36).

En varias de estas sentencias el Hijo del hombre es sujeto del verbo “Venir” u objeto del verbo “ver” (Mt 10, 23; 16, 27; Lc 18, 8; Mc 13, 26; Mc 14, 62). En resumen puede decirse que “El Hijo del Hombre” es una expresión con la que Jesús llama la atención de sus interlocutores sobre su misión y su destino en un contexto de tensión o de conflicto, que al final son superados por la apelación o referencia a la intervención de Dios.

Este modo de hablar tiene sus analogías con expresiones que se encuentran en la tradición bíblica y apocalíptica en particular (Dn 7 13-14) y en los textos apócrifos judíos de tenor apocalíptico (1 Henoc; 4 Esdras; Testamento de Abraham).

También la fórmula griega ὁ υἱὸς τοῦ ἀνθρώπου es la traducción de un original hebreo בֶּן־אָדָם o del arameo בֶּר אֲנָשׁ con el que se indica a uno de la especie humana; pero en algunas locuciones arameas la expresión se convierte en sustituto del pronombre “YO”. En los textos de la tradición bíblica, la expresión “Hijo del Hombre” no es nunca un título; solamente en los apócrifos judíos del siglo I d.C. la expresión designa a una figura mesiánica que asume en algunos contextos determinados los rasgos de juez y mediador escatológico.

Pueda que esta imagen, presente en algunos ambientes judíos, haya inducido a los primeros cristianos a releer la fórmula “Hijo del Hombre” en relación con la figura y misión de Jesús. Pero en su origen está probablemente el uso que Jesús mismo hizo de esta fórmula para expresar su relación original con la historia y el destino de los hombres, así como su función única y excepcional en el plan salvífico de Dios. La confirmación de esto lo podemos ver en el hecho que la expresión “Hijo del Hombre” no está documentada fuera de los evangelios, y en las mismas fuentes evangélicas se trata casi siempre de una auto-designación de Jesús.

La tradición cristiana pudo haber extendido y releído esta fórmula a la luz de la fe pascual y en relación con la situación conflictiva en que tienen que vivir los cristianos, asociados al destino de Jesús.

El uso joaneo de esta expresión indica al mesías que da el pan de vida, constituido en revelador y en juez escatológico capacitado para ello por el hecho de ser el único que tiene acceso al cielo y que para eso mismo ha bajado del cielo (Jn 3, 13). Esto se realizó en el momento de su exaltación por medio de la cruz (Jn 3, 14; 8, 28); y ese mismo es el momento de su glorificación (Jn 12, 32.34).

Las raíces de esta relectura joanea han de buscarse en la tradición evangélica atestiguada por los sinópticos y en las fórmulas de fe primitivas, en donde Jesús según el modelo del siervo de Isaías (Is 52, 13), es el exaltado y el glorificado al final de su drama histórico, que culmina en la muerte de cruz.

La analogía de vocabulario con los textos gnósticos sobre el “Hijo del Hombre” primordial, imagen de Dios y prototipo de la humanidad, se explica por medio de una influencia de Juan en los ambientes de la gnosis cristiana y no viceversa.

El esquema de la “subida” y “bajada” del Hijo del Hombre en Juan está sacada de la tradición bíblica sapiencial que se releía en los ambientes judíos en relación con la ley y con los mediadores de la revelación.

ὁ κύριος

Tiene un uso de origen paulino, lo usa tanto en el saludo de sus cartas como en la despedida; aunque el uso posiblemente sea de origen pre-paulino, y se deriva de las fórmulas de fe relacionadas con el culto, en modo particular con la cena eucarística.

Los cristianos siempre han reconocido que hay un solo Dios y un solo “Señor” (κύριος), Jesús (1Cor 8, 6; 1Cor 12, 3; Rm 10, 9). Pablo designa la cena eucarística como “la cena del Señor” en la que anuncia su muerte en espera de su venida (1Cor 11, 20.26).

El título κύριος que se le da a Jesús en la lengua griega, remite a la tradición de la comunidad judeo-palestina en la que se empleaba la lengua aramea, como lo atestigua la fórmula recogida por Pablo en la carta a los cristianos de lengua griega en Corinto: “εἴ τις οὐ φιλεῖ τὸν κύριον, ἦτω ἀνάθεμα. μαράνα θά.” (1Cor 16,22). Con el título κύριος la comunidad reconoce a Jesús resucitado como Señor suyo, sentado a la derecha de Dios, que revela y lleva a cabo el señorío de Dios sobre el mundo y sobre la historia.

Esta convicción está presente en Rm 14, 7-9: “*Porque ninguno de ustedes vive para sí, y ninguno muere para sí; si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así que vivamos o muramos, somos del Señor. Porque por esto Cristo murió y resucitó: para reinar sobre muertos y vivos*”.

Lo mismo se deduce en la carta a los filipenses, donde el título κύριος que se atribuía típicamente a Dios en el AT, es referida ahora a Jesucristo (Flp 2, 6-11).

Efectivamente, κύριος, en la versión griega de la Biblia y que los cristianos habían hecho suya para el uso de la liturgia, sirve para traducir el hebreo יהוה. En el período helenista κύριος era el título que se le daba a las divinidades o a personajes humanos divinizados, como por ejemplo los emperadores. Por eso, la costumbre cristiana de llamar κύριος a Jesús, es sin duda influencia bíblica de la versión de los LXX, pero sin que pueda excluirse que haya en él una velada polémica respecto al culto imperial.

Jesús es el único κύριος mediante la cual la comunidad de los bautizados experimenta ya ahora la salvación de Dios en los gestos sacramentales, en los dones espirituales, en los carismas y lo espera como juez y Señor de la historia (1Tes 4, 17; Sant 5, 7-8). Esta dimensión salvífica proyecta también su luz en el apelativo

con que los discípulos se dirigen al Jesús histórico llamándolo “Señor y maestro” como vemos en Mt 10, 24-25; Jn 13, 16.

Aunque κύριος podría ser la versión del título hebreo *Rabbí y mari*, su significado cristológico no sólo se puede explicar desde la evolución e intensificación de este título, sino también desde la experiencia pascual; es mediante su muerte y resurrección que Jesús es constituido y revelado en su función de Señor.

σωτήρ

Este título se le da en 16 ocasiones a Jesús, sobre todo en los textos más recientes del NT donde se intuye una doble influencia: *bíblica y helenista*.

Según **Lucas** los ángeles anuncian la buena nueva del nacimiento de Jesús a los pastores con un formulario cristológico en el que σωτήρ aparece junto a los títulos dados a Jesús: Señor y Cristo:

Lc 2, 11: “τι ἐτέχθη ὑμῖν σήμερον σωτήρ ὅς ἐστιν χριστὸς κύριος ἐν πόλει Δαυίδ.”
porque os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor.

Este apelativo no se le atribuye nunca al mesías en los textos del AT, sino sólo a Dios. En la versión de los LXX sirve para traducir el hebreo עֲשֵׂה o יְהוֹשִׁיעַ ; Dios es salvador de su pueblo en cuanto que lo libera y lo protege y al final realiza sus promesas estableciendo su reino escatológico.

Sobre este trasfondo es que Jesús es llamado “Salvador” en cuanto que lleva a cumplimiento a favor de los creyentes aquella salvación escatológica que había inaugurado ya con su resurrección. Tal es el sentido de un fragmento de profesión de fe que recoge Pablo:

“nuestra patria está en los cielos, de donde esperamos al **Salvador** y **Señor** Jesucristo, el cual transformará nuestro cuerpo lleno de miserias, conforme a su cuerpo glorioso, en virtud del poder que tiene para someter a sí todas las cosas”(Flp 3, 20-21).

En las cartas pastorales, donde aparece 4 veces este título cristológico, se observa un acento polémico en contra del culto imperial y de las divinidades curadoras, proclamadas e invocadas como σωτήρ. Pero es la experiencia cristiana, con su comienzo y su fundamento bautismal, releída sobre el fondo de la tradición bíblica, la que da un contenido específico al título de “Salvador” referido a Jesús (Tit 3,6; 2,13; 2Tm 1,10); en Él reconoce la comunidad al salvador que cumple con todas las promesas bíblicas a favor de todos los hombres.

ὁ ποιμὴν

Entre los diversos títulos y símbolos a los que recurren los autores del NT para expresar la función mediadora y salvífica única de Jesús, enviado definitivo de Dios y constituido Señor con su resurrección, se distingue por su fuerza evocadora el de “Pastor” (ποιμὴν); con él se le atribuye a Jesús el papel de protección y de guía salvífico propio de Dios en el AT, tal como aparece en el Salmo 23. Jesús es el pastor que da la vida por sus ovejas, las salva y las reúne en la unidad según las promesas de Dios, mediante su muerte y resurrección (Mc 14, 27-28; Jn 10, 11. 14-16; Heb 13, 20; 1Pe 2, 25).

En el origen de este título cristológico hay que reconocer la referencia que hizo Jesús mismo a esta imagen bíblica para interpretar sus opciones de acogida y de solidaridad salvífica con los pobres y los pecadores (Mc 6,34; Mt 18, 12-14)

CONCLUSIÓN

Hemos recorrido una especie de “reconstrucción” del concepto JESUCRISTO, como aparece en el NT, se pueden reconocer algunos rasgos característicos y específicos de la experiencia religiosa y espiritual cristiana.

Hay que destacar algunos aspectos fundamentales:

- a. En el centro de la vida de la comunidad está la relación personal y vital con Jesús, acogido e invocado como Cristo y Señor.
- b. La confrontación con los textos cristianos que reflejan esta fe cristológica lleva a algunas conclusiones:
 - ✚ Los modelos y los títulos cristológicos han nacido y madurado dentro del cauce de la gran tradición bíblica.
 - ✚ El lugar generador de esta fe es el mismo Jesús con su acción, persona y mensaje.
 - ✚ La situación trágica de su muerte violenta, gracias a la iniciativa poderosa y eficaz de Dios, se convierte en la revelación definitiva del rostro de Jesús, el Hijo único de Dios y el Señor.